Jesús manso camina,
En medio de verdugos y ladrones,
Enmedio de enemigos escuadrones;
Agudas piedras ó punzante espina,
Y cardos y zarzales
Aquí y allí sus plantas delicadas
Tiñen, ya desgarradas.
A abrirnos va las puertas celestiales,
Y clavar en su cruz con brazo fuerte
El decreto fatal de eterna muerte.

CANTO XIV.

SEÑOR DE LA MUERTE.

TENGO EN MIS MANOS LAS LLAVES DE LA MUERTE.

(Apoc, I v. 18.)

Nada más indomable é irresistible
Hubo jamás que la sañuda muerte;
Con ambición despótica, increible
Acosa siempre del mortal la suerte,
Y sin tasa, sin freno, caprichosa
Contra él ejerce una pujanza briosa.
Jamás á alguno es dable su violencia
Contrarrestar; pues ella, trastornando
Todo órden, todo estado, la opulencia
De reyes y magnates despreciando:
Huella niños y ancianos y vil plebe
Con igual pié, con arrogancia aleve:
A todos doma y avasalla fiera
Cuando y como le place; por su saña
E instinto guiada, vibra por doquiera

Su inexorable, su fatal guadaña,
Y tiende su arco horrísono, tremendo
Con firme pulso, con empuje horrendo;
Ni embotar puede su saeta aguda
Algún mortal ó suavizar su yugo,
Y de su brazo la potencia ruda.
Solamente Jesús, porque le plugo,
Por su arbitrio espontáneo, de la muerte
Doblegó su cerviz al golpe fuerte.
A él tan sólo elegir fué concedido
El modo y el lugar y aun el momento;
Así como otro tiempo había escogido
La madre y el lugar del nacimiento:
No fué, como al mortal, arrebatada
Su vida por la muerte no llamada.
Por nosotros él quiere su existencia
Inmolar, para darnos nueva vida;
Y á fin de que ese monstruo y su violencia
Y su saña feroz sea escarnecida.
Por el fragil mortal, él dominarlo
Quiso y con fuerte brazo sofocarlo.
De la muerte cual rey Cristo fenece;
No en su garganta el estertor resuena,
Ni su ánimo abatido desfallece:
Mas con un alma intrépida y serena,
Cual de costumbre, con mirada suave,
Con tersa frente y continente grave;
Y con el mismo rostro con que un dia
Las tempestades férvidas calmaba,
Hora se muestra; y: Padre, en su agonía,
Perdónales su crímen, exclamaba,
Los excusa su error: tan gran mesura
Y paz tiene al morir, tanta dulzura.
De sus contrarios á la hueste fiera,
De ciega rabia y de furor henchida;
De su vida ya en la hora postrimera
A su perdón á su amistad convida;
Y eleva á Dios su Padre en són doliente
Una sensible súplica ferviente.
De sus dos compañeros de infamante
Doloroso suplicio, á uno elige,
Del cielo para el trono fulgurante
La súplica atendiendo que dirige;
Mas no truena su voz contra el malvado
Que lo maldice y lo denuesta osado;

Y aun lo escucha con ánimo apacible
Mil baldones en vano vomitando.
Mas traspasada de dolor terrible
Cerca de sí á su madre contemplando;
Para no lastimar la honda herida
Y su terrible angustia desmedida:
Calla el nombre de madre, y solamente
Nombrándola *mujer*; al más amado
De su cortejo fiel, allí presente,
Se la encomienda como dón sagrado;
Y á su vez á la madre con ternura
Le encarga del discípulo la cura.
Y á fin de que conozca el mundo entero
Que cuanto hay de más cruel y doloroso,
De la vida en el lance postrimero
Agotó de buen grado; congojoso
Volviéndose á su Padre, se lamente
Porque ningún consuelo le presenta;
Y Dios le llama, ni en su boca sueña
De Padre el nombre; como si su frente
La abyección le envolviera en tan gran pena;
O le fuera cerrado bruscamente
El seno de su Padre, y olvidado
No mereciera el paternal cuidado.
De nuevo se querella con voz fuerte
Que lo aflije la sed; pues lo angustiaba
Aun más violenta que la cruda muerte,
Y su boca y entrañas devoraba.
Y si no fuera de esa sed ardiente
Cual de la muerte, dueño omnipotente:
Articular sonido no pudiera,
Y en sus cárdenos labios congelado
El moribundo acento se extinguiera;
Y aunque esa sed terrible así lo hostigue,
El nada busca que su ardor mitigue.
Los oráculos todos que otro día
De profetas el coro juntamente
Hizo escuchar en grata melodía;
Quiere que en sí se cumplan puntualmente:
Escrito está que su divina boca
Vinagre guste y hiel; y apenas toca
Con sus tostados lábios sin sentido
Aquel brebaje, en alta voz exclama
Que todo en su persona se ha cumplido:
Y con eco sonoro otra vez clama

A su amoroso Padre, á quien entrega
Su vida que á la muerte ya doblega.
Y sobre el pecho, al fin lánguida, inerte
Dulcemente reclina su cabeza,
Y su espíritu exhala de esta suerte.
¡Ah! murió....¡sí!....de respirar ya cesa
Las auras de la vida el que vitales
Fuentes había ya abierto á los mortales.
El que tiene en la vida sin segundo
Supremo mando; á quien la muerte fiera
Rinde el terrible acero furibundo.
Mirando el Centurión que en tal manera
Con tan grande clamor había exhalado
Cristo Jesús su espíritu sagrado:
Atónito conoce que altamente
Aquesto excede la mortal costumbre,
Y por Dios y Señor abiertamente
Lo confiesa; tan grande certidumbre,
Inspiróle el altísimo gemido
De Jesús, á la muerte ya rendido.
Se dividen después sus vestiduras;
Mas la inconsutil túnica que un día
Su misma Madre con sus manos puras
Afanosa y solícita le hurdía,
Tocó por suerte á uno; así cumplióse
Aun esto que á los vates no ocultóse.
Por costumbre las piernas se quebraban
Con férrea maza ó con bastón nudoso
A aquellos que en la cruz agonizaban;
Y este crudo tormento doloroso
A entrambos delincuentes fué aplicado;
Mas no á Jesús que lo tenía vedado.
No quizo que sus huesos se rompieran
O se astillaran; y aún la ley prohibía
Que al pascual corderillo aquesto hicieran,
Porque representaba en otro día
A este manso Cordero inmaculado
Como inocente víctima inmolado.
Todo esto, aunque pequeño que fielmente
A su muerte atañía, Cristo dirige
Y dispone por órden sabiamente:
Que es el Dios y Señor, quien doma y rige
A la inflexible muerte, aun espirando
Está á la faz del mundo declarando.
Por esto el primogénito llamóse

De todos los humanos, cuyo aliento
Al soplo de la muerte ya extinguióse;
Pues de su agrado, al ímpetu violento
De ella se rinde; quien después cedióle
Las llaves y su cetro renunciόle.

CANTO XV.

EL EXCESO DE AMOR.

TRATABAN DEL EXCESO (DE AMOR) QUE HABIA EL DE LLEVAR A CABO EN JERUSALEN.

(Luc. 9. v. 31.)

¡Ay! ¿Por qué gime y toda se estremece
En ruina inmensa la creación entera?
¿Por qué tanto se enluta y ennegrece
El día, y en la mitad de su carrera
Con lívido semblante
Mira el sol y desmaya agonizante?
Lejos está la luna que envidiosa
No pudiera extender tan negro velo
Ni una noche esparcir tan tenebrosa,
Que el vasto globo, el encumbrado cielo
Envuelve con su manto,
Esparciendo doquier terror y espanto.
Del templo el cortinaje majestuoso,
Aunque ninguna mano lo violenta,
De arriba abajo rómpese furioso
Y su gran pasmo é indignación ostenta;
Quebrántanse rugiendo
Las peñas, mil astillas esparciendo;
De los sepulcros la prisión oscura
Rómpese y aparecen mil extrañas
Sombras en triste pálida figura;

Sacúdese la tierra en sus entrañas;
Luto y terror domina
Que inmensa anuncian prematura ruina.
Si el Hombre-Dios á tan indigna muerte
Entregado, en la cruz al fin espira;
Lo siente el orbe, da un gemido fuerte,
Y de horror lleno y sobresalto mira
Su mismo Autor supremo
Exhalar el vital aliento extremo.
¿Este es el Hombre-Dios? ¿Quién ha intentado,
Quién pudo cometer crímen horrendo?
¡Oh, cómo está su cuerpo desgarrado
Los descarnados huesos descubriendo!
¡Yerto, ya sin figura
Todo inundado en esa sangre pura!
¡A una llaga lo miro reducido!
Miro ¡oh dolor! sus negros cardenales,
Su rostro abofeteado y escupido,
Y de las duras sogas las señales,
Que por doquier dejaron
Sangrientas huellas, y su cuerpo ajaron:
Miro su cuerpo lánguido é inerte
Dislocado por bruscos estrujones,
Y cerrados sus ojos por la muerte,
Y de sangre por negros cuajarones,
Y en forma lastimera
Conglutinada su áurea cabellera;
La sangre aún chorrea de su real frente;
Las espinas están todas bañadas,
Sus piés y manos miro, tristemente
Por tres enormes clavos traspasadas,
Que honda brecha han abierto;
Rasgado está su pecho y descubierto.
Esta es ¡ay! la más cruel terrible herida:
El aliento postrero ha ya exhalado;
La muerte en su semblante está esculpida;
Quien celebrando un triunfo tan deseado,
Esos yertos despojos
Palpables ostentaba ante los ojos:
Y todavía una lanza belicosa
Se clava en su costado retemblando,
Y esa punta ferina se hunde ansiosa,
Del corazón los senos penetrando,
Por si acaso allí hubiera
Calor de vida que robar pudiera.

¡¡Bárbara lanza, cruda sin segundo,
Que los ásperos clavos muy más dura!!
¡¡Nada jamás tan cruel ha visto el mundo!!
Mas dime, ¡oh tierna Madre, oh Vírgen pura!
¿Dime lo que sentías
Cuando á aquel espectáculo asistías?
¿Cuando al pié de la cruz, rígida, inmoble,
Veías á tu Hijo, el Dios de las alturas,
Clavado en un infame, áspero roble
De piés y manos, blanco á mofas duras,
En medio de indecibles
Dolores y amarguras tan sensibles;
Ya por última vez en tí fijando
Su entreabierta mirada moribunda,
Sus últimos gemidos tú escuchando,
Y viendo ya de muerte una profunda
Huella en sus ojos bellos
Que al fin apagan todos sus destellos?
¿Cuando miras aún hasta bravía
Después de muerto hundirse en su costado?
En pié ella estaba: tácitas vertía
Lágrimas de un dolor desmesurado,
Bañando mansamente
De sus mejillas el marfil luciente;
Su llanto no desbórdase, no estalla
En altísimos ayes de gemidos,
En ayes mujeriles; no desmaya.
Un terrible dolor, cruel, desmedido,
Rugía dentro su pecho
Para tan grande tempestad estrecho;
Y allí todo encerrado destrozaba
Sus sensibles entrañas maternales,
Mientras al mundo, firme contemplaba
Casi arrancarse ya de sus quiciales:
¡Valor digno, asombroso,
De la Madre del Todopoderoso!
¡Ay! que al menos contemplo dos varones
Por su piedad insignes y nobleza,
Que ascienden ya á la cruz por escalones.
Primeramente de la real cabeza
Arrancan con cuidado
Las espinas que en ella se han clavado.
Sangre vierten aún al lastimarse
Las recientes heridas; tristemente
Con un sordo gemir al manejarse,

Cruje el martillo que golpea frecuente;
Y con tenaz pujanza
Los retorcidos clavos afianza.
La tenaza mordáz por la rotunda
Cabeza, hasta que al fin son arrancados;
Y aparece á los ojos la profunda
Llaga en los piés y manos taladrados.
Entonces les es dable
¡Ay! estrechar el cuerpo venerable,
Que oprimen en sus brazos con ternura,
Y besan llenos de dolor profundo.
¡Oh, grande de ambos sin igual ventura!
Al que sustenta el gigantesco mundo,
Hora en sus manos tienen,
Y en sus hombros y cuello lo sostienen.
Más terrible dolor, más cruel tormento
Ya te aguardaha, Vírgen amorosa:
El destrozado, lívido y sangriento
Cuerpo de tu hijo recibíste ansiosa
En tu regazo amable,
En estado tan triste y miserable.
Pálida, enagenada lo estrechabas
Contra tu tierno pecho fuertemente;
Boca con boca, trémula juntabas;
Y el raudal de tu llanto suavemente
Lavaba esas heridas,
Ya todas de tus lágrimas henchidas.
Dime, ¿podrías reconocer, ¡oh Madre!
Esa boca, esas manos, esos ojos?
¿Es este el Unigénito del Padre,
El Verbo Omnipotente? ¿Estos despojos
Son los de tu hijo amado?
¡¡Ah, cuán desemejante, cuán trocado!!
No es ni sombra de aquel, cuya hermosura
Los días enteros toda te arrobaba,
Te henchía de gozo y de sin par dulzura;
A cuya voz el Erébo temblaba,
La muerte obedecía,
Y su aferrada presa devolvía.
¡Tanto pudo el amor! pudo ¡oh portento!
Dios y muerte mezclar; he aquí palpable
La extraña mezcla: un Dios y su sangriento
Cadáver yerto ¡escena lamentable!
Murió sí; mas la vida
Nos fué ya con su muerte restituida:

Murió para lavar nuestros delitos
De su sangre divina en la corriente;
Y para libertarnos, ya malditos,
Reos de muerte inmortal, de esa rugiente
Llama voraz terrible,
Que ardía ya para el hombre, inextingible.
Lágrimas mías, corred: fúnebres dones
Llevad vosotras en mi acerbo llanto
Al que por mí morir entre ladrones
Quizo en suplicio atroz, infame tanto.
Regad esas heridas,
Lágrimas mías, en mi dolor vertidas.
Ay podré en esa cruz clavado verte?
¿Y quién soy yo para que mereciera
Que hayas muerto por mí de aquesta suerte?
¡Ah! por cierto, á decirlo me atreviera;
Que mi amor llevado,
Un frenesí de amor te ha arrebatado:
Cuando en el hombre, cuando en mí has vertido
Ingrato tanto, sin medida alguna,
De tu amor el torrente indefinido;
Y á una infame, atroz muerte cual ninguna,
Ansioso te entregaste,
Toda por mí tu sangre derramaste.
Este era aquel exceso misterioso,
De amor exceso, que en Salén un día
Debía cumplirse en modo portentoso,
Y que á Elías y á Moisés de pasmo henchía;
Del que estos conversaban
En voz baja en el monte y disputaban.
Ya excedióse el Altísimo altamente;
Más allá de la muerte nos ha amado;
Son de amor estas llagas voz ardiente:
Calla mi plectro atónito, cascado;
Calla la tierra, el cielo:
¡Lágrimas mías, suplid en mi gran duelo!

CANTO XVI.

EL SUEÑO SACUDIDO.

YO DORMI Y ME ALETARGUÉ, PERO RESUCITE

Ps. 3, v. 5.

Léjos el ay doliente;
Lejos endechas de dolor amargo;
Un sueño solamente
Durmió Jesús; fué un plácido letargo,
No de la muerte la feroz victoria:
Pues ya resucitó lleno de gloria.
¿Por qué tú ¡oh Magdalena!
De su tumba no puedes arrancarte,
Y en tan profunda pena
Tus lágrimas no cesan de empaparte;
Y ya casi sucumbes en tu duelo
Sin poder encontrar ningún consuelo?
¿Por qué suaves olores
Mezclas aún, frenética buscando
De muerte en los horrores
Al que llama de vida está animando?
Buscan en vano tus hinchados ojos
De tu amado los fúnebres despojos.
No está quien tú quisieras
Impaciente estrechar contra tu pecho,
Y que afanosa ungieras
Con mirra y áloe, en lágrimas deshecho,
Regándole jacintos funerales,
Violetas, y cantuesos inmortales.
Acércate; vacía
Mira la tumba que lo había guardado;
Cree á tus ojos, Maria:
Aquel por quien ya tanto has suspirado
Y tu llanto derramas sin medida,
Vive; lo alienta ya soplo de vida.
Vive sí, mas ausente
Tu bien se encuentra, tu Jesús amable:
Ya derrocó potente

De la muerte el imperio inexpugnable
Tan fácilmente como habría rompido
Blando sopor que lo tenía vencido.
Burló la vigilancia
De las guardias y armadas guarniciones,
Burló su hostil jactancia,
Quebrantó de la tumba las prisiones,
Sin que la piedra inmensa que cerraba
La boca, le opusiera débil traba:
Y en vano hubiera sido
Con la fuerza del brazo suspenderla;
Y aunque Jesús podido
Habría con una seña removerla;
Quiso dejarla intacta: así otro día
El seno maternal dejado había.
Al sueño un tiempo hermano
La muerte y colactáneo apellidaba;
Después de orgullo vano
Llena, tal parentesco desdeñaba:
Pues refería sus triunfos y victorias,
Y sus sublimes é infinitas glorias.
Tantos reinos, ciudades
Y pueblos en escombros sepultados,
Hoy vastas soledades;
Tantos tan poderosos y afamados
Monarcas y fortísimos campeones,
Pasmo y terror un día de las naciones,
Cuyo gran nombre y fama
Se hundió entre sus cenizas y pavezas,
Que el viento desparrama;
Y de tan grandes fastos y proezas
Tan sólo este girón les ha quedado:
"Aquí yace el monarca sepultado."
Mas no así el Rey de reyes;
A la muerte llamó; no compelido
Fué por sus férreas leyes:
Pero ésto en su sepulcro está esculpido:
"Resucitó Jesús gloriosamente;
De su tumba vacía se haya él ausente;"
Hora la muerte fiera
A un plácido sopor muy semejante
Fué por la vez primera.
Ella hinchada por triunfo tan brillante,
Los pasado hollando, se jactara
De que al mismo Inmortal ya derribara.

Ella con brazo duro,
Todavía de su triunfo desconfiando,
Creyéndolo inseguro;
Redobló su furor, aglomerando
Herida sobre herida, y con gran losa
Cauta obstruyó la tumba ambiciosa.
Y ya le parecia
De sí misma poder al fin jactarse;
Y ufana revestía,
Para más en sus triunfos encumbrarse,
Unas gigantes alas tenebrosas,
Semejantes á nubes tempestuosas
Y haciendo el carro á un lado
Y sus negros raquíticos bridones;
Alzar su vuelo osado
Ya intentaba del cielo á las regiones,
Y avasallar proterva y altanera,
Como á la tierra, á la celeste esfera.
¡Ah ignoras, oh demente!
A quien en tu arrogancia desafiaste;
El que espontáneamente
A tí rindióse, es el que derribaste:
Pagarás con la muerte tu victoria;
Te clavará en su cruz, trofeo de gloria.
Ella mientras pretende
Las estrellas hollar y el vasto mundo:
De su alta cruz desciende
Cristo al Averno, al Erébo profundo
Donde han fundado su terrible imperio;
Y de toda maldad el magisterio,
Las crueles potestades,
Aerios genios que con yugo impío,
Los reinos y ciudades
Del muudo, y con inmenso poderío;
Oprimían, sujetándolo inflexibles
A sus infames leyes ya insufribles.
Mas hora palidecen;
Y de pánico henchidas, á porfía
Huyen y se guarecen
En la parte más tétrica y sombría;
Abren su boca á un hórrido alarido,
Y frustrado se ahoga aquel bramido.
Ante el campeón glorioso
Se postra á su pesar todo el Averno;
Y entónces, pavoroso

Estremécese y cruje el cáos eterno;
Y en ronco son resuena retumbando,
Esas bóvedas negras atronando
Mas el gran Rey debía
Del cielo remontarse á las regiones
Después que la sombría
Mansión y esas escuálidas prisiones
Desbarrando, su triunfo completara,
Y un gran botín glorioso le arrancara.
Rompe, pues, con potentes
Manos, aquellas férreas ataduras
Que á espíritus dolientes
Oprimían en mazmorras tan oscuras,
Ya tantos siglos; libra al gran senado
De profetas y al coro laurëado
De aquellos, que el divino
Estro siguiendo, al orbe un día anunciaban
En ritmo peregrino
Al que todos los pueblos aclamaban:
Mas después esa cárcel triste tanto
Los hundiera en tinieblas y entre llanto.
Y á turba innumerable
De santos cuyos cuerpos, ya destruídos,
El tiempo no domable
A cenizas dejara reducidos;
De ese polvo les manda levantarse,
Y en orden toda entera colocarse
En cortejo luciente
En reedor de sus fúlgidos pendones,
Y hacer más esplendente
Su triunfo, y sus triunfales ovaciones;
Para formarse un pedestal de gloria,
Y darle más realce á su victoria.
Manda; y en el momento
En esos cuerpos, antes polvo frío,
Sopla vital aliento,
Y enciende en ellos su vigor natío,
Y los baña una luz que rebervera,
¡Trofeo viviente de la muerte fiera!
Y hora á la misma Muerte,
Pálida, sollozante, temblorosa,
[Trocada ya su suerte,]
El vencedor con mano poderosa
Por la espalda las manos le encadena
A su triunfante carro, y la condena

A acompañar su pompa
Y á que en las áureas ruedas relucientes,
A su despecho, rompa
Los carcomidos y voraces dientes;
El largo cuello sobre el dorso frío
Caer deja ella sin vigor, sin brío.
Abrense con estruendo
Las puertas del abismo cavernoso;
Lanza un gemido horrendo
La tierra bajo un cielo tenebroso
Que truena amenazante: y ya la aurora
Aparece risueña, encantadora;
Despierta placentero,
Al trinar de los pájaros cantores
El húmido lucero
Dejando ya los mares bramadores;
Y ante aquella, flotando en los espacios
Sus galas va luciendo de topacios.
Se lanza ya ligero,
Al claro ambiente el Vencedor glorioso:
¡Salve, noble guerrero!
¡Salve, gran Vencedor! el poderoso
Cetro romper de la invencible muerte
Pudiste solo tú con brazo fuerte.
Tú sólo debelaste
Del Erébo las hórridas prisiones;
Tú solo le arrancaste
Sus diamantinos firmes aldabones:
El gran Reparador tú eres del mundo,
Del universo tú eres sin segundo.
El vengador tú fuiste
De la humana progenie; tú del cuello
Cautivo sacudiste
El ferreo yugo, y del empíreo bello
La senda abriste á los que en llanto eterno
Gimieran siempre en el profundo Averno.
Venciste ¡Mas vencido
Fuiste por el amor! pues ya triunfante
Ostentas esculpido
En piés y manos y en tu pecho amante
De tu amor el emblema; él ha triunfado,
Y al que venció á la muerte, muerte ha dado.